

GOV • GOBIERNO LOCAL • INTERIENCIA • OTRAS EN PERÚ • CORRESPONDIENTES • UNIVERSITARIO DE LOS CHAMAROS • OTRAS BOLIVARIAS • PERÚ Y EL MUNDO • ANDRÉS VARGAS

La República

ÚLTIMAS NOTICIAS POLÍTICA ECONOMÍA SOCIEDAD MUNDO PERÚ DEPORTES ESPECTÁCULOS CINE Y SERIES DÓLAR NEWSLETTERS

Desencosnó Liga 1: Vallejo y Atmanucci bajan, UTC se salva

Estos son los equipos que jugarán la Liga 1 en 2025

Alberto Vergara

A MI NO ME CUMBIEN

Como nadie le paga por jugar fútbol, tocar guitarra o ir al cine se dedica a la ciencia política. Es profesor en la Universidad del Pacífico. Ha publicado una decena de libros entre propios y editados. Su libro más reciente es *República Defraudada: ¿Puede América Latina escapar de su atasco?* (Chirca, 2023). También ha publicado el libro infantil *Otra la gaviota que tenía...* (vertigot (Planeta junior, 2022)).

Más columnas

Elecciones en Uruguay: Anotaciones de un turista, por Alberto Vergara

Crítica de representación, tantas veces, por Alberto Vergara

¿Puede salvarse el liberalismo en América Latina?, por Alberto Vergara

Libertad y violencia

Días de ferir, por Alberto Vergara

Creando América, por Alberto Vergara

VER MÁS COLUMNAS

Elecciones en Uruguay: Anotaciones de un turista, por Alberto Vergara

Mientras el mundo suspende la respiración ante la elección norteamericana del próximo martes, Vergara observa aquí la tranquila y ejemplar elección uruguayaya del domingo pasado. Advierte el analista que junto al sólido pacto democrático uruguayo se observa también un fatigado contrato social.

f

is

%

El domingo pasado hubo elecciones generales en Uruguay (primera vuelta presidencial, parlamentarias y un par de ambiciosos plebiscitos). En tres semanas se disputará la segunda vuelta entre Yamando Ojeda—candidato del Frente Amplio (centro-izquierda)— que obtuvo el 44% de los votos y Álvaro Delgado del oficialista Partido Nacional (centro-derecha) que consiguió el 27%. Será una elección muy reñida, pero no agónica: nadie se jugará la vida en las anforas. De hecho, para ser honesto, yo podría decidir mi voto tirando una moneda al aire. Las instituciones y prácticas democráticas, y las inserciones accesorias, serán largamente más importantes que cualquiera de este par de eficientes, experimentados y moderados gestores. Para un peruano se trata de una situación francamente extraña y, en realidad, teniendo en cuenta la situación de la democracia en el mundo, diría que se trata casi de una anomalía global.

La campaña de esta primera vuelta puede leerse como una larga competencia en la que todo el mundo sabe que el resultado final será uno previsto y, sin embargo, nadie quiere terminar de convencerse de que el destino, como en un drama griego, habrá de cumplirse. Por tanto, a lo largo de la temporada aparecen anticipos de novedades que nunca terminan de cuajar.

En esta campaña la novedad rupturista la encarna Andrés Ojeda, candidato del tradicional Partido Colorado. Un abogado de 40 años que jugó la carta de la juventud, la de ser el representante de "lo nuevo sobre lo viejo", preocupado por las mascotas, confiado en los signos zodiacales y entregado al gimnasio. Ojeda resultaba a ojos del *establishment* uruguayo, un outsider producto del marketing y las redes y, sobre todo, encarnación de la trivialidad.

Con más lentes de turista la imagen era menos drástica. Hace unas semanas le leí una entrevista en la que, explicando, una vez más, por qué el representante lo nuevo, afirmaba: "Se acabaron los tiempos donde discutíamos Marx o Mariátegui. Hoy leamos Harari y Castells". ¡Bellamente es el trivial! Más recientemente, le preguntaron cuál sería su política frente al crimen y lejos de presentarse como el *terminator* salvador de la patria propincha que la prioridad fuese dar continuidad a una mesa interpartidaria sobre la cuestión. Por último, se trataba de un *outsider* candidateando por un partido fundado cuando el Mariscal de Santa Cruz daba inicio a la Confederación Peru-Boliviana, en 1836.

PUBLICIDAD

A la postre, el candidato sorpresa obtuvo 18% de los votos y no pasó a segunda vuelta. Pero se había de él más que de nadie. El hambre de novedades. No se venden periódicos anunciando que esta mañana volvió a salir el sol.

PUBLICIDAD

Como canta *El cuarteto de nos*, "si en marzo es novedad, es viejo en abril". Tras la elección, Ojeda ya no acabará reflectores. Ahora los recibe un candidato abiertamente antisistema—Gustavo Sallé, este sí con un discurso que mezcla las peores intuiciones de la extrema derecha e izquierda (las conspiraciones, el rechazo a las vacunas)— que ha logrado... 3% de los votos.

PUBLICIDAD

Junto con la elección presidencial y de Congreso los uruguayos votaron por un plebiscito que, de haber sido aprobado, hubiera producido una hecatombe económica y un terremoto político. Se proponía que la edad de jubilación se adelantara a 60 años y liquidada el sistema privado de pensiones, las AFP. La iniciativa asustó. Pero muy pronto leí con verdadero asombro al politólogo Adolfo Garcé quien llamaba a la calma porque en el Uruguay, asegurable, los plebiscitos solo triunfan si tienen el apoyo de los partidos políticos y en esta ocasión, la iniciativa sindical no contaba con el respaldo de ninguno. En otras palabras: en Uruguay la sociedad no derrota a los partidos. Lo leí con incredulidad. ¡Qué confianza en el sistema, en las instituciones, en los hábitos, en las recurrencias!

Lo que no me resultaba una sorpresa era que, gradualmente, este plebiscito obtuviera más atención que la elección presidencial. Después de todo, esa votación si podía traer un cambio sustantivo a la vida del país. Pero al final se cumplió el vaticinio de Garcé y la iniciativa quedó muy lejos de ser aprobada.

El comentario más recurrente en esta campaña subraya la apatía y desinterés ciudadano. De un lado, me parece normal. Pienso que la política uruguayaya tiene mucho de un verso de Luis Hernández: "Como todo es igual, nada turba". De otro lado, también es consecuencia de un país acostumbrado a contar con unos políticos que cuando no son heroicos son tremendos estadistas. Y esa generación se acaba: los Sanguinetti, Mulica, Tabare Vázquez, Danilo Astori... Me parece inevitable que la ciudadanía se sienta algo huérfana ante el nuevo elenco de correctos gestores.

Sin embargo, me pregunto ¿cómo sería la participación ciudadana cuando las elecciones realmente excitaban a la población? Porque, en realidad, hay una movilización considerable. En las elecciones primarias que deciden quiénes serán los candidatos de cada partido—y que son facultativas—votaron cerca de un millón de ciudadanos en un país con tres millones y medio. Y durante la campaña en Montevideo, es común ver banderas partidarias adornando carros, otras colgadas de balcones y ventanas, es frecuente pasar delante de locales partidarios y a cada esquina uno se topa con militantes entregando propaganda. Comparado con el resto del mundo, esta parece una elección del siglo XX.

¿Cómo se sabe cuando uno está en América latina? Tengo un método casi infalible: uno levanta la cabeza y verá rejas. Uruguay es—en ese y otros sentidos—plenamente latinoamericano. Mucha gente cree que Uruguay es una suerte de incrustación europea en América latina. No lo es. Es, en cambio, una América latina decente, sin las formas más agraviantes de la injusticia.

Antes de la elección leo el análisis del politólogo uruguayo Daniel Chasquetti. Para conjeturar posibles escenarios de la elección al senado utiliza como referencia las elecciones de 1962 y la de 1940 (1964 y 1940) No sé si hay alguna otra democracia donde elecciones de hace 60 u 80 años sean analíticamente relevantes para pensar escenarios electorales actuales.

La elección uruguayaya revela más que un equilibrio institucional o una estabilidad política: traslucen una suma de agueridas persistencias. La de partidos políticos fundados cuando faltaban varias décadas para que se crearan Italia y Alemania, el Blanco y el Colorado, y el otro, el nuevo conocido como el Frente Amplio, que fue fundado en 1971. El 90% de los uruguayos vota por ellos tres. Debajo, la estabilidad de las lealtades e identidades: los tres partidos obtienen casi lo mismo que en la elección de 2019 y se mantiene una división en mitades entre el Frente y el resto de los partidos que funcionan como coaliciones. Se repite también unos resultados electorales que se sobrepone a una división entre el país rural (inclinado al partido nacional) y el urbano (más frenteamplista). A su vez, en Montevideo, la división política solamente socioeconómica, con los sectores populares prefiriendo a la izquierda y los pudientes—al sur de la simbólica Avenida Italia—a la derecha. Y debajo de todo, tal vez la persistencia más particular y uruguayaya de todas: hace cincuenta años que el país tiene alrededor de tres millones de habitantes. Lo cual tiene un impacto decisivo en la prosperidad de la nación: la torta crece y los comensales son casi los mismos por décadas (comparamos eso con el Perú que tenía 17 millones de habitantes en 1989 y 44 años después bordea los 34 millones).

Asegura Adam Przeworski—uno de los politólogos más respetados del mundo— que las democracias están en problemas cuando atraviesan una de dos circunstancias: cuando el resultado de las elecciones es irrelevante pues no produce consecuencias importantes y, en la situación opuesta, cuando sus efectos son demasiado graves para quien las pierde.

¿Oe la elección uruguayaya en el primer escenario de Przeworski? No lo creo. O, al menos, aún no. En definitiva, los plebiscitos—en tanto instancia electoral institucionalizada—procesan de manera democrática y legítima cosas muy sensibles y relevantes. No obstante, el mundo, partidario lo hace menos. Las identidades políticas son históricas y muy fuertes, pero hemos visto casos en el mundo en los cuales estas se diluyen si no vienen acompañadas de distinciones sustantivas en la esfera programática.

Y el turista que soy percibe que en el Uruguay está mucho más firme el pacto político-institucional que el contrato social. Me explico. Mientras que la democracia sigue siendo firme, con actores decididamente comprometidos con ella, muchas de las coordenadas básicas de la convivencia social no aparecen igual de estables. Se percibe un malestar frente a un estado de bienestar menos efectivo que antes pero igual de eficaz a la hora de cobrar impuestos; una inseguridad que avanza rápidamente, con tasas de homicidios mayores a las de Chile o Argentina; una nueva pobreza visible en las calles y con particular predominancia en la niñez; una economía poco dinámica; un sistema escolar con muchos problemas para retener a los estudiantes hasta el final del colegio.

Me da la impresión de que el sistema político—en su satisfactoria estabilidad—, puede eventualmente erosionarse si no es consciente de la brecha que se abre frente a unas condiciones sociales que no transpiran una satisfacción ni estabilidad semejante. A ojos de este turista, la tarea de quien finalmente resulte elegido presidente pareciera ser reducir la distancia que se abre entre el sólido pacto democrático y el fatigado contrato social y así asegurar la persistencia legítima de esa frase tan reiterada según la cual "como Uruguay no hay".

GOV • GOBIERNO LOCAL • INTERIENCIA • OTRAS EN PERÚ • CORRESPONDIENTES • UNIVERSITARIO DE LOS CHAMAROS • OTRAS BOLIVARIAS • PERÚ Y EL MUNDO • ANDRÉS VARGAS

La República

ÚLTIMAS NOTICIAS POLÍTICA ECONOMÍA SOCIEDAD MUNDO PERÚ DEPORTES ESPECTÁCULOS CINE Y SERIES DÓLAR NEWSLETTERS

Desencosnó Liga 1: Vallejo y Atmanucci bajan, UTC se salva

Estos son los equipos que jugarán la Liga 1 en 2025

Alberto Vergara

A MI NO ME CUMBIEN

Como nadie le paga por jugar fútbol, tocar guitarra o ir al cine se dedica a la ciencia política. Es profesor en la Universidad del Pacífico. Ha publicado una decena de libros entre propios y editados. Su libro más reciente es *República Defraudada: ¿Puede América Latina escapar de su atasco?* (Chirca, 2023). También ha publicado el libro infantil *Otra la gaviota que tenía...* (vertigot (Planeta junior, 2022)).

Más columnas

Elecciones en Uruguay: Anotaciones de un turista, por Alberto Vergara

Crítica de representación, tantas veces, por Alberto Vergara

¿Puede salvarse el liberalismo en América Latina?, por Alberto Vergara

Libertad y violencia

Días de ferir, por Alberto Vergara

Creando América, por Alberto Vergara

VER MÁS COLUMNAS

Elecciones en Uruguay: Anotaciones de un turista, por Alberto Vergara

Mientras el mundo suspende la respiración ante la elección norteamericana del próximo martes, Vergara observa aquí la tranquila y ejemplar elección uruguayaya del domingo pasado. Advierte el analista que junto al sólido pacto democrático uruguayo se observa también un fatigado contrato social.

f

is

%

El domingo pasado hubo elecciones generales en Uruguay (primera vuelta presidencial, parlamentarias y un par de ambiciosos plebiscitos). En tres semanas se disputará la segunda vuelta entre Yamando Ojeda—candidato del Frente Amplio (centro-izquierda)— que obtuvo el 44% de los votos y Álvaro Delgado del oficialista Partido Nacional (centro-derecha) que consiguió el 27%. Será una elección muy reñida, pero no agónica: nadie se jugará la vida en las anforas. De hecho, para ser honesto, yo podría decidir mi voto tirando una moneda al aire. Las instituciones y prácticas democráticas, y las inserciones accesorias, serán largamente más importantes que cualquiera de este par de eficientes, experimentados y moderados gestores. Para un peruano se trata de una situación francamente extraña y, en realidad, teniendo en cuenta la situación de la democracia en el mundo, diría que se trata casi de una anomalía global.

La campaña de esta primera vuelta puede leerse como una larga competencia en la que todo el mundo sabe que el resultado final será uno previsto y, sin embargo, nadie quiere terminar de convencerse de que el destino, como en un drama griego, habrá de cumplirse. Por tanto, a lo largo de la temporada aparecen anticipos de novedades que nunca terminan de cuajar.

En esta campaña la novedad rupturista la encarna Andrés Ojeda, candidato del tradicional Partido Colorado. Un abogado de 40 años que jugó la carta de la juventud, la de ser el representante de "lo nuevo sobre lo viejo", preocupado por las mascotas, confiado en los signos zodiacales y entregado al gimnasio. Ojeda resultaba a ojos del *establishment* uruguayo, un outsider producto del marketing y las redes y, sobre todo, encarnación de la trivialidad.

Con más lentes de turista la imagen era menos drástica. Hace unas semanas le leí una entrevista en la que, explicando, una vez más, por qué el representante lo nuevo, afirmaba: "Se acabaron los tiempos donde discutíamos Marx o Mariátegui. Hoy leamos Harari y Castells". ¡Bellamente es el trivial! Más recientemente, le preguntaron cuál sería su política frente al crimen y lejos de presentarse como el *terminator* salvador de la patria propincha que la prioridad fuese dar continuidad a una mesa interpartidaria sobre la cuestión. Por último, se trataba de un *outsider* candidateando por un partido fundado cuando el Mariscal de Santa Cruz daba inicio a la Confederación Peru-Boliviana, en 1836.

PUBLICIDAD

A la postre, el candidato sorpresa obtuvo 18% de los votos y no pasó a segunda vuelta. Pero se había de él más que de nadie. El hambre de novedades. No se venden periódicos anunciando que esta mañana volvió a salir el sol.

PUBLICIDAD

Como canta *El cuarteto de nos*, "si en marzo es novedad, es viejo en abril". Tras la elección, Ojeda ya no acabará reflectores. Ahora los recibe un candidato abiertamente antisistema—Gustavo Sallé, este sí con un discurso que mezcla las peores intuiciones de la extrema derecha e izquierda (las conspiraciones, el rechazo a las vacunas)— que ha logrado... 3% de los votos.

PUBLICIDAD

Junto con la elección presidencial y de Congreso los uruguayos votaron por un plebiscito que, de haber sido aprobado, hubiera producido una hecatombe económica y un terremoto político. Se proponía que la edad de jubilación se adelantara a 60 años y liquidada el sistema privado de pensiones, las AFP. La iniciativa asustó. Pero muy pronto leí con verdadero asombro al politólogo Adolfo Garcé quien llamaba a la calma porque en el Uruguay, asegurable, los plebiscitos solo triunfan si tienen el apoyo de los partidos políticos y en esta ocasión, la iniciativa sindical no contaba con el respaldo de ninguno. En otras palabras: en Uruguay la sociedad no derrota a los partidos. Lo leí con incredulidad. ¡Qué confianza en el sistema, en las instituciones, en los hábitos, en las recurrencias!

Lo que no me resultaba una sorpresa era que, gradualmente, este plebiscito obtuviera más atención que la elección presidencial. Después de todo, esa votación si podía traer un cambio sustantivo a la vida del país. Pero al final se cumplió el vaticinio de Garcé y la iniciativa quedó muy lejos de ser aprobada.

El comentario más recurrente en esta campaña subraya la apatía y desinterés ciudadano. De un lado, me parece normal. Pienso que la política uruguayaya tiene mucho de un verso de Luis Hernández: "Como todo es igual, nada turba". De otro lado, también es consecuencia de un país acostumbrado a contar con unos políticos que cuando no son heroicos son tremendos estadistas. Y esa generación se acaba: los Sanguinetti, Mulica, Tabare Vázquez, Danilo Astori... Me parece inevitable que la ciudadanía se sienta algo huérfana ante el nuevo elenco de correctos gestores.

Sin embargo, me pregunto ¿cómo sería la participación ciudadana cuando las elecciones realmente excitaban a la población? Porque, en realidad, hay una movilización considerable. En las elecciones primarias que deciden quiénes serán los candidatos de cada partido—y que son facultativas—votaron cerca de un millón de ciudadanos en un país con tres millones y medio. Y durante la campaña en Montevideo, es común ver banderas partidarias adornando carros, otras colgadas de balcones y ventanas, es frecuente pasar delante de locales partidarios y a cada esquina uno se topa con militantes entregando propaganda. Comparado con el resto del mundo, esta parece una elección del siglo XX.

¿Cómo se sabe cuando uno está en América latina? Tengo un método casi infalible: uno levanta la cabeza y verá rejas. Uruguay es—en ese y otros sentidos—plenamente latinoamericano. Mucha gente cree que Uruguay es una suerte de incrustación europea en América latina. No lo es. Es, en cambio, una América latina decente, sin las formas más agraviantes de la injusticia.

Antes de la elección leo el análisis del politólogo uruguayo Daniel Chasquetti. Para conjeturar posibles escenarios de la elección al senado utiliza como referencia las elecciones de 1962 y la de 1940 (1964 y 1940) No sé si hay alguna otra democracia donde elecciones de hace 60 u 80 años sean analíticamente relevantes para pensar escenarios electorales actuales.

La elección uruguayaya revela más que un equilibrio institucional o una estabilidad política: traslucen una suma de agueridas persistencias. La de partidos políticos fundados cuando faltaban varias décadas para que se crearan Italia y Alemania, el Blanco y el Colorado, y el otro, el nuevo conocido como el Frente Amplio, que fue fundado en 1971. El 90% de los uruguayos vota por ellos tres. Debajo, la estabilidad de las lealtades e identidades: los tres partidos obtienen casi lo mismo que en la elección de 2019 y se mantiene una división en mitades entre el Frente y el resto de los partidos que funcionan como coaliciones. Se repite también unos resultados electorales que se sobrepone a una división entre el país rural (inclinado al partido nacional) y el urbano (más frenteamplista). A su vez, en Montevideo, la división política solamente socioeconómica, con los sectores populares prefiriendo a la izquierda y los pudientes—al sur de la simbólica Avenida Italia—a la derecha. Y debajo de todo, tal vez la persistencia más particular y uruguayaya de todas: hace cincuenta años que el país tiene alrededor de tres millones de habitantes. Lo cual tiene un impacto decisivo en la prosperidad de la nación: la torta crece y los comensales son casi los mismos por décadas (comparamos eso con el Perú que tenía 17 millones de habitantes en 1989 y 44 años después bordea los 34 millones).

Asegura Adam Przeworski—uno de los politólogos más respetados del mundo— que las democracias están en problemas cuando atraviesan una de dos circunstancias: cuando el resultado de las elecciones es irrelevante pues no produce consecuencias importantes y, en la situación opuesta, cuando sus efectos son demasiado graves para quien las pierde.

¿Oe la elección uruguayaya en el primer escenario de Przeworski? No lo creo. O, al menos, aún no. En definitiva, los plebiscitos—en tanto instancia electoral institucionalizada—procesan de manera democrática y legítima cosas muy sensibles y relevantes. No obstante, el mundo, partidario lo hace menos. Las identidades políticas son históricas y muy fuertes, pero hemos visto casos en el mundo en los cuales estas se diluyen si no vienen acompañadas de distinciones sustantivas en la esfera programática.

Y el turista que soy percibe que en el Uruguay está mucho más firme el pacto político-institucional que el contrato social. Me explico. Mientras que la democracia sigue siendo firme, con actores decididamente comprometidos con ella, muchas de las coordenadas básicas de la convivencia social no aparecen igual de estables. Se percibe un malestar frente a un estado de bienestar menos efectivo que antes pero igual de eficaz a la hora de cobrar impuestos; una inseguridad que avanza rápidamente, con tasas de homicidios mayores a las de Chile o Argentina; una nueva pobreza visible en las calles y con particular predominancia en la niñez; una economía poco dinámica; un sistema escolar con muchos problemas para retener a los estudiantes hasta el final del colegio.

Me da la impresión de que el sistema político—en su satisfactoria estabilidad—, puede eventualmente erosionarse si no es consciente de la brecha que se abre frente a unas condiciones sociales que no transpiran una satisfacción ni estabilidad semejante. A ojos de este turista, la tarea de quien finalmente resulte elegido presidente pareciera ser reducir la distancia que se abre entre el sólido pacto democrático y el fatigado contrato social y así asegurar la persistencia legítima de esa frase tan reiterada según la cual "como Uruguay no hay".

GOV • GOBIERNO LOCAL • INTERIENCIA • OTRAS EN PERÚ • CORRESPONDIENTES • UNIVERSITARIO DE LOS CHAMAROS • OTRAS BOLIVARIAS • PERÚ Y EL MUNDO • ANDRÉS VARGAS

La República

ÚLTIMAS NOTICIAS POLÍTICA ECONOMÍA SOCIEDAD MUNDO PERÚ DEPORTES ESPECTÁCULOS CINE Y SERIES DÓLAR NEWSLETTERS

Desencosnó Liga 1: Vallejo y Atmanucci bajan, UTC se salva

Estos son los equipos que jugarán la Liga 1 en 2025

Alberto Vergara

A MI NO ME CUMBIEN

Como nadie le paga por jugar fútbol, tocar guitarra o ir al cine se dedica a la ciencia política. Es profesor en la Universidad del Pacífico. Ha publicado una decena de libros entre propios y editados. Su libro más reciente es *República Defraudada: ¿Puede América Latina escapar de su atasco?* (Chirca, 2023). También ha publicado el libro infantil *Otra la gaviota que tenía...* (vertigot (Planeta junior, 2022)).

Más columnas

Elecciones en Uruguay: Anotaciones de un turista, por Alberto Vergara

Crítica de representación, tantas veces, por Alberto Vergara

¿Puede salvarse el liberalismo en América Latina?, por Alberto Vergara

Libertad y violencia

Días de ferir, por Alberto Vergara

Creando América, por Alberto Vergara

VER MÁS COLUMNAS

Elecciones en Uruguay: Anotaciones de un turista, por Alberto Vergara

Mientras el mundo suspende la respiración ante la elección norteamericana del próximo martes, Vergara observa aquí la tranquila y ejemplar elección uruguayaya del domingo pasado. Advierte el analista que junto al sólido pacto democrático uruguayo se observa también un fatigado contrato social.

f

is

%

El domingo pasado hubo elecciones generales en Uruguay (primera vuelta presidencial, parlamentarias y un par de ambiciosos plebiscitos). En tres semanas se disputará la segunda vuelta entre Yamando Ojeda—candidato del Frente Amplio (centro-izquierda)— que obtuvo el 44% de los votos y Álvaro Delgado del oficialista Partido Nacional (centro-derecha) que consiguió el 27%. Será una elección muy reñida, pero no agónica: nadie se jugará la vida en las anforas. De hecho, para ser honesto, yo podría decidir mi voto tirando una moneda al aire. Las instituciones y prácticas democráticas, y las inserciones accesorias, serán largamente más importantes que cualquiera de este par de eficientes, experimentados y moderados gestores. Para un peruano se trata de una situación francamente extraña y, en realidad, teniendo en cuenta la situación de la democracia en el mundo, diría que se trata casi de una anomalía global.

La campaña de esta primera vuelta puede leerse como una larga competencia en la que todo el mundo sabe que el resultado final será uno previsto y, sin embargo, nadie quiere terminar de convencerse de que el destino, como en un drama griego, habrá de cumplirse. Por tanto, a lo largo de la temporada aparecen anticipos de novedades que nunca terminan de cuajar.

En esta campaña la novedad rupturista la encarna Andrés Ojeda, candidato del tradicional Partido Colorado. Un abogado de 40 años que jugó la carta de la juventud, la de ser el representante de "lo nuevo sobre lo viejo", preocupado por las mascotas, confiado en los signos zodiacales y entregado al gimnasio. Ojeda resultaba a ojos del *establishment* uruguayo, un outsider producto del marketing y las redes y, sobre todo, encarnación de la trivialidad.

Con más lentes de turista la imagen era menos drástica. Hace unas semanas le leí una entrevista en la que, explicando, una vez más, por qué el representante lo nuevo, afirmaba: "Se acabaron los tiempos donde discutíamos Marx o Mariátegui. Hoy leamos Harari y Castells". ¡Bellamente es el trivial! Más recientemente, le preguntaron cuál sería su política frente al crimen y lejos de presentarse como el *terminator* salvador de la patria propincha que la prioridad fuese dar continuidad a una mesa interpartidaria sobre la cuestión. Por último, se trataba de un *outsider* candidateando por un partido fundado cuando el Mariscal de Santa Cruz daba inicio a la Confederación Peru-Boliviana, en 1836.

PUBLICIDAD

A la postre, el candidato sorpresa obtuvo 18% de los votos y no pasó a segunda vuelta. Pero se había de él más que de nadie. El hambre de novedades. No se venden periódicos anunciando que esta mañana volvió a salir el sol.

PUBLICIDAD

Como canta *El cuarteto de nos*, "si en marzo es novedad, es viejo en abril". Tras la elección, Ojeda ya no acabará reflectores. Ahora los recibe un candidato abiertamente antisistema—Gustavo Sallé, este sí con un discurso que mezcla las peores intuiciones de la extrema derecha e izquierda (las conspiraciones, el rechazo a las vacunas)— que ha logrado... 3% de los votos.

PUBLICIDAD

Junto con la elección presidencial y de Congreso los uruguayos votaron por un plebiscito que, de haber sido aprobado, hubiera producido una hecatombe económica y un terremoto político. Se proponía que la edad de jubilación se adelantara a 60 años y liquidada el sistema privado de pensiones, las AFP. La iniciativa asustó. Pero muy pronto leí con verdadero asombro al politólogo Adolfo Garcé quien llamaba a la calma porque en el Uruguay, asegurable, los plebiscitos solo triunfan si tienen el apoyo de los partidos políticos y en esta ocasión, la iniciativa sindical no contaba con el respaldo de ninguno. En otras palabras: en Uruguay la sociedad no derrota a los partidos. Lo leí con incredulidad. ¡Qué confianza en el sistema, en las instituciones, en los hábitos, en las recurrencias!

Lo que no me resultaba una sorpresa era que, gradualmente, este plebiscito obtuviera más atención que la elección presidencial. Después de todo, esa votación si podía traer un cambio sustantivo a la vida del país. Pero al final se cumplió el vaticinio de Garcé y la iniciativa quedó muy lejos de ser aprobada.

El comentario más recurrente en esta campaña subraya la apatía y desinterés ciudadano. De un lado, me parece normal. Pienso que la política uruguayaya tiene mucho de un verso de Luis Hernández: "Como todo es igual, nada turba". De otro lado, también es consecuencia de un país acostumbrado a contar con unos políticos que cuando no son heroicos son tremendos estadistas. Y esa generación se acaba: los Sanguinetti, Mulica, Tabare Vázquez, Danilo Astori... Me parece inevitable que la ciudadanía se sienta algo huérfana ante el nuevo elenco de correctos gestores.

Sin embargo, me pregunto ¿cómo sería la participación ciudadana cuando las elecciones realmente excitaban a la población? Porque, en realidad, hay una movilización considerable. En las elecciones primarias que deciden quiénes serán los candidatos de cada partido—y que son facultativas—votaron cerca de un millón de ciudadanos en un país con tres millones y medio. Y durante la campaña en Montevideo, es común ver banderas partidarias adornando carros, otras colgadas de balcones y ventanas, es frecuente pasar delante de locales partidarios y a cada esquina uno se topa con militantes entregando propaganda. Comparado con el resto del mundo, esta parece una elección del siglo XX.

¿Cómo se sabe cuando uno está en América latina? Tengo un método casi infalible: uno levanta la cabeza y verá rejas. Uruguay es—en ese y otros sentidos—plenamente latinoamericano. Mucha gente cree que Uruguay es una suerte de incrustación europea en América latina. No lo es. Es, en cambio, una América latina decente, sin las formas más agraviantes de la injusticia.

Antes de la elección leo el análisis del politólogo uruguayo Daniel Chasquetti. Para conjeturar posibles escenarios de la elección al senado utiliza como referencia las elecciones de 1962 y la de 1940 (1964 y 1940) No sé si hay alguna otra democracia donde elecciones de hace 60 u 80 años sean analíticamente relevantes para pensar escenarios electorales actuales.

La elección uruguayaya revela más que un equilibrio institucional o una estabilidad política: traslucen una suma de agueridas persistencias. La de partidos políticos fundados cuando faltaban varias décadas para que se crearan Italia y Alemania, el Blanco y el Colorado, y el otro, el nuevo conocido como el Frente Amplio, que fue fundado en 1971. El 90% de los uruguayos vota por ellos tres. Debajo, la estabilidad de las lealtades e identidades: los tres partidos obtienen casi lo mismo que en la elección de 2019 y se mantiene una división en mitades entre el Frente y el resto de los partidos que funcionan como coaliciones. Se repite también unos resultados electorales que se sobrepone a una división entre el país rural (inclinado al partido nacional) y el urbano (más frenteamplista). A su vez, en Montevideo, la división política solamente socioeconómica, con los sectores populares prefiriendo a la izquierda y los pudientes—al sur de la simbólica Avenida Italia—a la derecha. Y debajo de todo, tal vez la persistencia más particular y uruguayaya de todas: hace cincuenta años que el país tiene alrededor de tres millones de habitantes. Lo cual tiene un impacto decisivo en la prosperidad de la nación: la torta crece y los comensales son casi los mismos por décadas (comparamos eso con el Perú que tenía 17 millones de habitantes en 1989 y 44 años después bordea los 34 millones).

Asegura Adam Przeworski—uno de los politólogos más respetados del mundo— que las democracias están en problemas cuando atraviesan una de dos circunstancias: cuando el resultado de las elecciones es irrelevante pues no produce consecuencias importantes y, en la situación opuesta, cuando sus efectos son demasiado graves para quien las pierde.

¿Oe la elección uruguayaya en el primer escenario de Przeworski? No lo creo. O, al menos, aún no. En definitiva, los plebiscitos—en tanto instancia electoral institucionalizada—procesan de manera democrática y legítima cosas muy sensibles y relevantes. No obstante, el mundo, partidario lo hace menos. Las identidades políticas son históricas y muy fuertes, pero hemos visto casos en el mundo en los cuales estas se diluyen si no vienen acompañadas de distinciones sustantivas en la esfera programática.

Y el turista que soy percibe que en el Uruguay está mucho más firme el pacto político-institucional que el contrato social. Me explico. Mientras que la democracia sigue siendo firme, con actores decididamente comprometidos con ella, muchas de las coordenadas básicas de la convivencia social no aparecen igual de estables. Se percibe un malestar frente a un estado de bienestar menos efectivo que antes pero igual de eficaz a la hora de cobrar impuestos; una inseguridad que avanza rápidamente, con tasas de homicidios mayores a las de Chile o Argentina; una nueva pobreza visible en las calles y con particular predominancia en la niñez; una economía poco dinámica; un sistema escolar con muchos problemas para retener a los estudiantes hasta el final del colegio.

Me da la impresión de que el sistema político—en su satisfactoria estabilidad—, puede eventualmente erosionarse si no es consciente de la brecha que se abre frente a unas condiciones sociales que no transpiran una satisfacción ni estabilidad semejante. A ojos de este turista, la tarea de quien finalmente resulte elegido presidente pareciera ser reducir la distancia que se abre entre el sólido pacto democrático y el fatigado contrato social y así asegurar la persistencia legítima de esa frase tan reiterada según la cual "como Uruguay no hay".

Regresar al Inicio

La República

Enlaces de interés

Últimas noticias

Política

Economía

Sociedad

Deportes

Espectáculos

Cine & Series

Mundo

Tendencias

Tecnología

Cultura Asiática

Loterías y sorteos

Datos LR

Columnistas

Verificador

Argentina

México

Venezuela

Hondocapco chino

Nuestras Redes Sociales

f

X

ig

st

is

Buscar

Comentarios

Suscribirse

Términos y condiciones

Políticas y Estándares

Visita también

larepublica.pe

podcast.larepublica.pe

elpopular.pe

libero.pe

libero.pe/deportes

wapa.pe

loilarepublica.pe

buenaazo.pe

larepublica.pe/verificador

peruportal.larepublica.pe

lrmas.larepublica.pe

perubazar.pe

cuponidad.pe

© 2024 TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS - 2024